

EXTRACTO DE LA TIERRA DE LOS SUEÑOS EN LLAMAS

El aire frío y oscuro golpeó mis mejillas acaloradas como un tónico, rompiendo mi aturdimiento lo suficiente como para poder volver a casa. Apoyé la mano contra el pecho y di unos pasos.

"¡Will! ¡Will, espera!". Clete gritó desde algún lugar detrás de mí. Giré, tratando de encontrarlo en la escasa luz de la luna. Pero cuando por fin conseguí dilucidar las sombras, había dos figuras que se acercaban a mí en lugar de una. Cerré los ojos, sacudí la cabeza y volví a mirar para asegurarme de que el chocolate no me hacía ver doble.

Efectivamente, eran dos: Clete, y un policía que me agarró del codo cuando llegó a mí, diciendo: "Aguanta, amigo. Tu amigo me dice que te atacó un negro".

Me vio la muñeca y la agarró, y el sonido de mi grito se extendió por la calle.

"No se ve nada aquí fuera", refunfuñó. Luego volvimos a estar dentro del Two - Knock. Yo, Clete y el policía.

El lugar estaba quieto como una tumba. Aunque la Ley Seca estaba en pleno apogeo y beber era tan ilegal como robar, la mayoría de los policías hacían la vista gorda con tal de que los dueños de los bares clandestinos mantuvieran el alcohol gratis y los sobornos en efectivo. Aun así, todos los hombres y mujeres que estaban en el Two - Knock esa noche podrían haber sido arrestados en el acto.

El policía me miró la muñeca, hizo un gesto de desaprobación y dijo: "He oído que un chico de color ha agredido a este joven. ¿Es así?".

En la sala no se movió ni un alma, salvo Clete, que prácticamente saltaba diciendo: "¡Claro que es verdad! Es como le dije, ¡fue por Will sólo porque Will le dijo que no debería estar manoseando a una chica blanca!".

Los labios del policía se separaron de sus dientes como si la idea de algo así le diera asco. "¿Qué chica blanca puede ser?", preguntó, mirando a su alrededor.

"Se fue...", murmuró un chico de cara redonda no mayor que yo. Y el policía lo miró tan fijamente que pensé que el chico se iba a quebrar. Entonces el policía dijo: "Señoras y señores, se me está acabando la paciencia. ¿A. Dónde. Se. Fue?".

Clete se aclaró la garganta y durante un horrible medio segundo pensé que podría estar lo suficientemente irritado como para entregar a Addie. En su lugar, dijo: "No sé lo de la chica, señor, pero ese negro dijo que se llamaba Clarence Banks. Will, aquí, sólo intentaba quitárselo de encima, y ese chico empezó a maldecir y a ir tras él como un perro rabioso. ¿No es así, Will?".

Me dolía tanto la muñeca que no podía pensar con claridad. Me dolía la cabeza. Necesitaba vomitar. Y, que Dios me perdone, mascullé un *sí*. El policía miró a su alrededor, preguntando si alguien podía corroborar el relato de Clete. Y cuando unas cuantas cabezas blancas se movieron afirmativamente, dijo: "¿Qué pasa, Ed? ¿El chico se llamaba Clarence Banks?".

Al camarero le tembló el párpado. El policía sacudió la cabeza con tristeza. Dijo: "Eres un buen negro, Ed. Nunca has dejado de pagar por toda la protección que te doy. Pero ahora que lo pienso, el sobre de la semana pasada me pareció un poco liviano..."

Pues bien, la mandíbula de aquel viejo camarero se apretó como un tornillo de banco, y una de las venas del cuello estuvo a punto de atravesar su piel cuando sacó la caja de dinero de detrás de la barra y entregó hasta el último centavo que había dentro. El policía se metió billetes y monedas en el bolsillo y me dijo: "Joven, supongo que será mejor que lo llevemos a comisaría y le tomemos declaración antes de llamar a sus padres".

Entré en pánico, tartamudeando que estaba bien y que podía volver a casa por mi cuenta y que no había ninguna razón para llamar a nadie, ninguna razón en absoluto. Eso hizo que el policía sonriera de tal manera que me sentí como de unos cinco centímetros de altura, lo cual, en retrospectiva, era un centímetro más de lo que merecía. "En ese caso", dijo, "vuelvo a mi patrulla".

A lo que yo maullé "*sí señores*" y "*gracias*" hasta que el policía estuvo cerca de salir por la puerta. Entonces el tonto de Clete se quitó la gorra y la golpeó contra la rodilla, gritando: "¡Espere un momento! ¿Es todo lo que va a hacer? ¿Va a dejar que ese chico se salga con la suya al atacar a un hombre blanco? ¿Se vas a ir sin más?".

Los ojos del policía se entrecerraron y retrocedió, agarró a Clete por el cuello y lo puso de puntillas, gruñendo: "No deberías cuestionar cómo hace su trabajo un agente de la ley, hijo".

Clete se encogió dentro de su ropa. Aun así, ese chico era tan terco y molesto que chillaba como un cerdo atascado, diciendo: "¡Sólo quiero que pague por tocar a una chica blanca, eso es todo!".

El policía soltó el cuello de Clete y observó cómo se esforzaba por recuperar el equilibrio. "En esta ciudad cuidamos de los nuestros", dijo. "¿Entiendes?". Y su voz era tan baja, grave y fea que Clete finalmente se calló. Entonces el policía sacó su porra del cinturón y la apuntó alrededor de la habitación en un lento círculo. "Recuérdeno todos", dijo. "La ley por estos lares se encarga de los suyos". Y golpeó la porra contra la palma de la mano y nos miró a Clete y a mí con una mirada sin vida que nos heló hasta los pies.

En cuanto la puerta se cerró tras el policía, el camarero nos dijo a Clete y a mí que nos fuéramos antes de que matáramos a alguien. Y Clete, sabiendo entonces que el hombre era un

negro, salió sin pensarlo, soltando tonterías sobre que no tenía ningún derecho a decirnos lo que teníamos que hacer. Fue entonces cuando agarré a Clete del brazo con mi mano buena y lo llevé a la salida, diciéndole al camarero lo mucho

que lo lamentábamos y que no volveríamos a molestarle a él o a su establecimiento.

Pero me dio la espalda antes de que terminara, indicando de forma inequívoca que ya estaba harto de nosotros. Lo cual estaba bien, porque mis pensamientos ya se dirigían al asunto egoísta de cómo explicaría mi muñeca a mis padres. Nunca se me pasó por la cabeza que debería preocuparme por Clarence Banks o molestarme el hecho de que acababa de desatar toda la fuerza y la furia del elemento policial corrupto de Tulsa sobre un negro.

E inocente, por si fuera poco.

-Jennifer Latham

Fuente: Latham, J. (2018). Dreamland Burning. Turtleback Books.